

**brett
anderson
tardes de
persianas
bajadas**

Traducción de
Federico Corriente

CONTRA

Afternoons with the Blinds Drawn

© 2019, Brett Anderson

Publicado originalmente en 2019 en inglés (Gran Bretaña) por Little, Brown,
un sello de Little, Brown Book Group

Dirección editorial: Didac Aparicio y Eduard Sancho

Diseño y maquetación: Endoradisseny

Primera edición: Octubre de 2019

© 2019, Contraediciones, S.L.

c/ Elisenda de Pinós, 22

08034 Barcelona

contra@contraediciones.com

www.editorialcontra.com

© 2019, Federico Corriente, de la traducción

© Kevin Westenberg, del retrato de Brett Anderson de la cubierta

ISBN: 978-84-120742-0-8

Depósito Legal: B 21727-2019

Impreso en España por Liberdúplex

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Para mi familia

índice

primera parte

**El libro que dije
que no escribiría
P. 11**

**Las noticias de ayer
son el papel de fish
and chips de mañana
P. 25**

**Cacas de perro
y diamantes
P. 37**

**Gilipollas sureños
amanerados
P. 47**

**Hay solamente una cosa
en el mundo peor que
hablen de ti, y es que
no hablen de ti
P. 59**

**El estilo es el arte
de la omisión
P. 69**

**Desayuno en
Heathrow
P. 81**

**Persona versus
personaje
P. 91**



segunda parte

**El árbol envenenado
P. 101**

**Lo único que tenemos
de especial es lo que
dejamos atrás
P. 111**

**Amamos, nos cansamos,
pasamos página
P. 127**

**Cualquier cosa
puede pasar en la vida.
Especialmente, nada
P. 135**

tercera parte

**Todo el mundo que
me ha querido se ha sentido
desilusionado alguna vez**

P. 155

Crouchenders

P. 173

**Suena a los
putos pitufos**

P. 187

**Id a su casa
y matad a su gato**

P. 201

cuarta parte

Ruina silenciosa

P. 215

**El escarabajo no
para de dar vueltas
hasta acabar pegado
al clavo**

P. 225

**Mueren en las horas
blancas de un junio
de hojas verdes**

P. 235

**No tenemos
por qué vivir así**

P. 247

quinta parte

**Me ahogo en el
sonido del arado**

P. 255

Los cinco en peligro

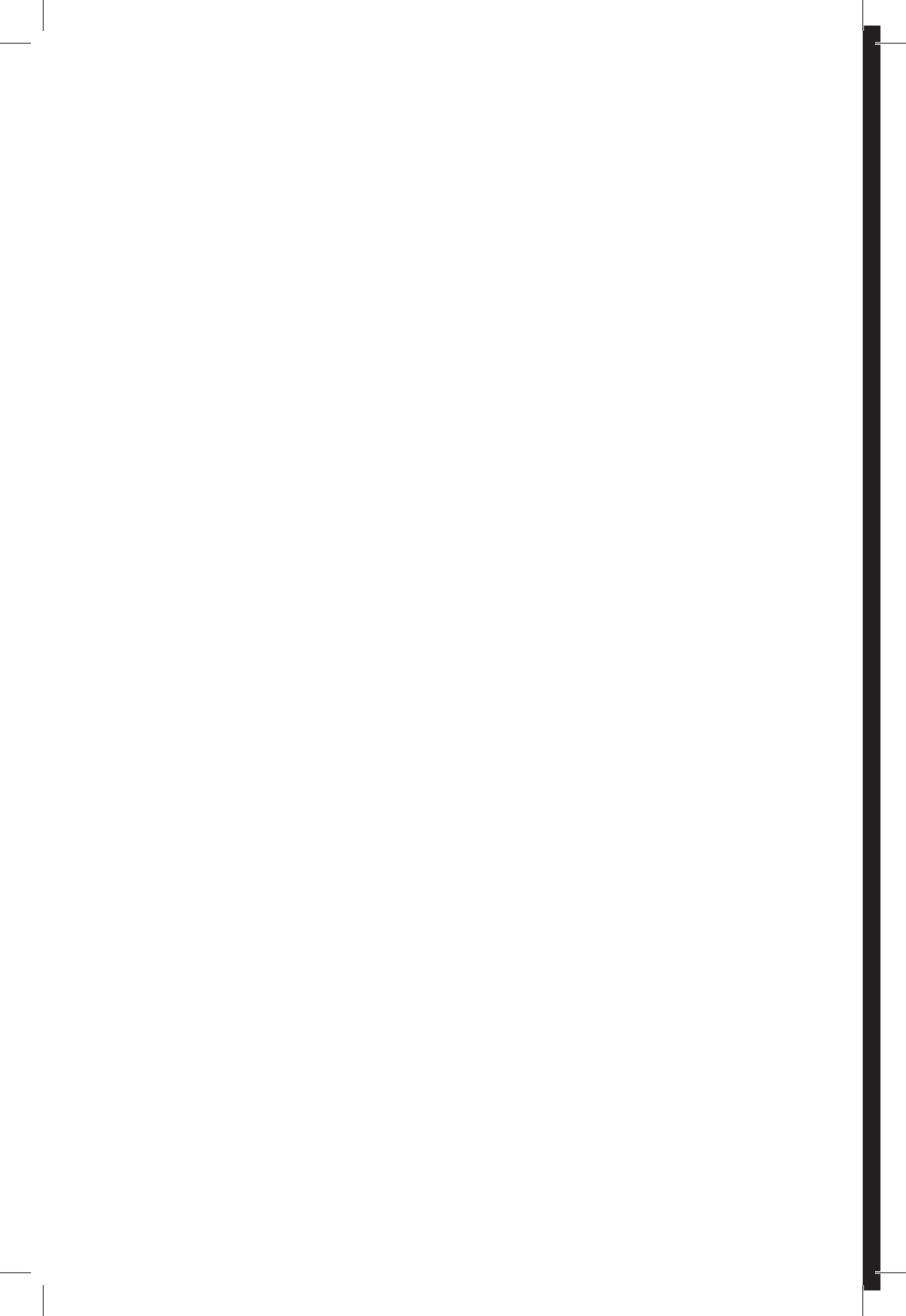
P. 269

**El amor es lo que
nos sobrevivirá**

P. 281

Referencias

P. 285



primera parte



El libro que dije que no escribiría

Las descascarilladas paredes del minúsculo cuarto de baño iban desmoronándose y desconchándose debido a la humedad que consumía el enyesado a la vez que una discreta mancha de moho extendía su delicada filigrana de hongos grisáceos sobre la bovedilla, como si de un bosquecillo pintado a mano se tratara. Una ventana de listones de aspecto malévolo daba al tejado de sellador negro del estudio; más allá, se vislumbraban hileras de casas de ladrillo dotadas de desastrados jardines repletos de malas hierbas que hacían las veces de vertederos improvisados para bicicletas viejas y oxidadas, secadoras y muebles abandonados. Entre las manchas mohosas había imágenes húmedas y mal recortadas adheridas a la pintura ruinosa con disquitos de Blu-Tack; en la bañera, agrietada y de escasa profundidad, un galápagos iba describiendo apresuradamente una triste danza circular entre los parabólicos muros esmaltados de su presidio. La puerta del cuarto de baño daba a un minúsculo y oscuro

pasillo por el que a su vez se accedía a una habitación de techo alto y con molduras cuyas paredes se fusionaban y titilaban a medida que las sombras intermitentes proyectadas por las velas giraban sobre sí mismas mientras sus llamas parpadeaban. Los ventanales, mal colocados y ruidosos, daban a un balcón de hierro forjado más allá del cual se veían las fachadas estucadas de Moorhouse Road, Notting Hill, donde el esporádico titilar de la luz de una cocina delataba la presencia de algún que otro noctámbulo inmerso en sus rituales nocturnos. De los dinteles de las puertas colgaban estrafalarios abalorios de vidrio, y en un cuenco de porcelana agrietado colocado encima de una mesilla situada junto al cochambroso sofá de color pizarra, yacían olvidadas unas alcachofas secas de color parduzco; a nuestro alrededor, desperdigados por todas partes, había botellas medio vacías, paquetes de papelillos Rizla desgarrados y ceniceros atiborrados de colillas. La noche había sido larga. Mi viejo amigo Alan y yo habíamos pasado la mayor parte de ella fumando y charlando emocionadamente mientras escuchábamos una maqueta de «To the Birds» grabada en casete, que fuimos rebobinando una y otra vez hasta convertir aquel ritual en un frenesí de autocomplacencia en bucle; entretanto, mientras los vecinos chillaban, aporreaban las paredes y se tapaban los oídos con las almohadas, nosotros permanecíamos sentados, absortos en nuestras respectivas divagaciones. El mundo iba cambiando lentamente, nuestras vidas se iban reordenando y, más allá de la lúgubre vulgaridad cotidiana, vislumbrábamos un futuro diferente que desprendía el brillo de las promesas y las posibilidades; ese presentimiento nos llevaba a quedarnos sentados durante horas, escuchando, parloteando, tramando, planeando y

anhelando, mientras sentíamos comprimirse el nudo de la anticipación en nuestras entrañas.

Conque aquí estoy, escribiendo el libro que dije que no escribiría, hablando de aquello de lo que dije que no quería hablar. Supongo que era inevitable. Más allá de la necesidad infantil de ser oído, del impulso un tanto chabacano de contarle al mundo mi historia, me pregunto qué es lo que me habrá llevado hasta aquí. Durante las infinitas madrugadas que me pasé tendido mirando al techo sin pensar en nada más, me prometí a mí mismo que intentaría no volver a escribir ese mismo libro que todos hemos leído en tantas otras ocasiones. La mayoría de grupos de rock tienden a emprender la misma marcha fatigosa y previsible por los mismos senderos previsible, atravesando los mismos previsible puestos de control de forma tan predeterminada como el ciclo vital de una rana o algo semejante; de ahí que el relato siempre acabe desprendiendo un aire de fatalidad, más aún cuando todo el mundo sabe lo que va a suceder en el último capítulo. Así pues, en lugar de hacer tal cosa, en estas páginas intentaré emplear elementos de mi propia historia con el fin de ampliar horizontes y mostrar un cuadro más extenso, para examinar mi trayectoria desde la penuria al éxito y de ahí a la autodestrucción y vuelta a empezar, y aprovechar esa narración para decir algo sobre algunas de las fuerzas que influyeron en mí y desvelar así quizás alguna especie de verdad en torno a esa maquinaria que zumba sin cesar, a menudo de forma invisible, especialmente en lo que concierne a aquellos sobre los que opera, para crear esos grupos a los que la gente oye por la radio. Puede que parezca un poco ambicioso, pero es mi manera de intentar apro-

piarme de algún modo de la segunda parte de mi historia, muy asiduamente documentada por los medios de comunicación y que desde luego no necesita ser narrada de nuevo bajo esa forma convencional. Resulta asombroso el modo en que la retrospectiva puede llegar a aportar una claridad que en el momento a uno le resultaba inasequible. Ahora que soy capaz de reflexionar sobre lo que me sucedió en el transcurso de la alocada montaña rusa de mis años mozos, es casi como si todo eso le estuviera sucediendo a otro, cuando en aquel entonces lo viví como algo increíblemente íntimo, de una inmersión absoluta, con la cara chafada contra el cristal, por así decirlo, mucho más cerca de la cuenta para poder percibir ahí verdad alguna. Así pues, esto no es tanto una prolongación del desastrado y manoseado *Bildungsroman* que constituye la primera parte de mi historia, sino una clase de relato diferente, que pincha y hurga en los engranajes que han ido rechinando a mi alrededor a lo largo de los años y que esperamos que dé respuestas a unas cuantas preguntas, tanto mías como de cualquier otra persona, en torno a lo que sucedió exactamente y por qué.

Así pues, Suede apareció, parpadeando entre los detritos de nuestras habitaciones de alquiler y sacudiéndose el polvo del andrajoso caos de nuestras existencias y de los escenarios de ruina silenciosa que inspiraron sus temas primerizos, cuando la década de los noventa entró, tambaleándose y chisporroteando, en sus primeros años de vida. El nuestro, sin embargo, habría de ser el más largo de los «éxitos de la noche a la mañana» de todos los tiempos. Una vez comparé el arco de nuestra trayectoria profesional con «un carrito de bebé empujado colina abajo», metáfora que

sigue pareciéndome apropiada. Dicha trayectoria siempre me ha producido una cierta sensación precaria y descontrolada, cuando no ligeramente aterradora. Supongo que el «bebé» que iba dentro del carrito éramos nosotros cuatro, chillando frente al amargo bofetón del viento al internarnos dando tumbos entre el tráfico.

Por supuesto, antes de coger velocidad, tuvimos que pasar muchas más noches incómodas sobre los escenarios tratando de convencer a públicos malhumorados en trastiendas de pubs y locales como el Camden Underworld o el Islington Powerhaus, enfrentándonos a océanos de brazos cruzados y ejércitos ataviados con tejanos negros de semblantes ceñudos y resueltos cuyos gestos decían «impresionadnos». Eso sí, una vez alcanzado el punto de inflexión, tuvimos la sensación de que por fin podríamos dejarnos llevar por el emocionante e inevitable trayecto que iba arrastrándonos y que había comenzado a convertirse en algo cuya dimensión nos superaba. No pretendo insinuar que hubiera algo que se aproximara remotamente a una «movida», porque no la había: nuestro ímpetu seguía siendo exclusivamente nuestro y teníamos la impresión de que si de algún modo estábamos en alguna vanguardia, esa vanguardia la constituíamos nosotros en solitario. Con el correr de los años, la historia musical se ha reescrito ligeramente a sí misma, con esa despreocupación que a veces la caracteriza cuando pretende hacer encajar los fragmentos del pasado con las verdades del presente. Continuamos dando tumbos de un escenario a otro, con zapatos agujereados y greñas mal teñidas, oliendo a champú seco Batiste y al bouquet almizcleño y dulzón de la ropa de muerto, y poco a poco comenzamos a poner los frágiles cimientos sobre los que todo grupo ha

de levantar el edificio de su obra: su base de fans. Aquello fue años antes de que existieran las redes sociales, en los tiempos en que el boca a boca quería decir eso precisamente y en que la única forma posible de «triunfar» era salir a la palestra y tocar, restregar tus sudorosas carnes contra las de la primera fila, sentir el pringoso retorcerse de manos húmedas y pegajosas y el roce del escenario contra la culera de tus desgastados pantalones de pana acanalada. Con mucho tiento, empezamos a echar nuestras redes más allá de Londres, y por primera vez recorrimos a trompicones las autopistas en furgonetas blancas Ford Transit de alquiler hasta llegar a lugares como el Rumble Club de Tunbridge Wells y el Zap de Brighton. En aquellos días, por humilde y prosaico que pueda parecer, viajar seguía siendo una novedad, por lo que aquellos trayectos en los que fumábamos Silk Cut y comíamos sándwiches de estación de servicio mientras nuestro amigo Charlie Charlton recorría la M23 a toda velocidad se nos antojaban una especie de aventura maravillosa. En la parte trasera de la furgoneta solíamos guardar un mohoso colchón en el que, emocionados, nos sentábamos a charlar y a beber vino tinto barato a la ida, y en el que nos despalmábamos a la vuelta mientras Mat, sentado en la parte de delante con Charlie, iba encendiendo cigarrillos para intentar mantener a este despierto. Para unos jovencitos de veintitantos años, estar en un grupo tiene algo excitante, viril y tribal, y en aquella época encantadora, antes de que se instalara entre nosotros la desolación de la repetición, reinaba un poderoso sentimiento de pertenencia que nos producía una impresión que era extravagante por definición; era como si, de algún modo, nos estuviéramos saliendo con la nuestra. Íbamos orbitando de prueba de

sonido en prueba de sonido en torno a ciudades satélites y circunvalaciones, y subsistiendo a base de patatas fritas Walker y nicotina mientras el frenesí de baja intensidad iba acumulándose.

Entre conciertos, Saul, de Nude Records, había reservado los Estudios Protocol del norte de Londres para grabar con un productor llamado Ed Buller nuestro primer EP, que teníamos previsto que fuera una doble cara A en la que figurasen «The Drowners» y «To the Birds», con «My Insatiable One» en la otra. Ed había escuchado algunas de nuestras maquetas y le habían encantado, y tras venir a vernos en directo y halagarnos adecuadamente, decidió interpretar lo que hacíamos como algo afín al adorado panteón del rock de los años setenta con el que él se había criado. Era un productor chapado a la antigua, de la vieja escuela: un personaje apasionado, resuelto y a menudo excéntrico, que se enfundaba ceñidos trajes negros y se pateaba la sala de control de una punta a otra, envuelto en bufandas y gabanes mientras opinaba desenfadadamente, como la caricatura de un compositor loco o el Doctor Who que nunca fue. A lo largo de la sesión nos guio y nos moldeó, acompañándonos a su manera, cálida y paternal, por aquel desconocido patio de recreo que era el estudio, salpicando la jornada de hilarantes apartes y bromas privadas que nos dieron cohesión a todos como equipo y pusieron los cimientos de una relación que acabaría abarcando décadas. Dentro del vasto espectro que define el papel de un productor, la habilidad particular de Ed consiste en saber tratar con la gente y, ante todo, en inspirar a los grupos con los que trabaja. Es una de esas personas que hacen que uno se sienta seguro y arropado. Siempre tuve la impresión de que para él trabajar con Suede no era

simplemente otra tarea más, de que comprendía que lo considerábamos parte de nuestra estrambótica y pequeña familia, ese papá estable que hacía de contrapeso a nuestro papel de hijos descarriados. Sabía cómo arengarnos e incitarnos a ponernos las pilas, era consciente de los límites de nuestra elasticidad y nos apretaba lo justo, antes de llegar al punto de ruptura, para conducirnos así hasta lo que habrían de convertirse en nuestras obras más destacadas. Al destilar los elementos más del rock de los años setenta de nuestro sonido, creo que fue fundamental a la hora de definir el modo en que acabó percibiéndonos la prensa musical. En manos de otro productor es posible que se hubiera concedido más peso al tono visceral y beligerante que el grupo desarrollaba en directo y que nos hubieran encasillado en el molde más «alternativo». Nosotros fuimos arte y parte de esa decisión, ya que nuestra misión, desquiciada y un tanto altiva, era crear una música que fuese más allá de los estrechos márgenes del gueto indie. Seguíamos repletos de arrogancia juvenil, y ardíamos en deseos de distinguirnos de lo que en aquel entonces no era sino una ciénaga gris de grupos que no daban la talla.

Para quienes no lo sepan o lo hayan olvidado, me parece importante comprender el panorama en el que Suede hizo su aparición por primera vez. No creo que sea injusto decir que en aquel entonces la música alternativa se encontraba en su momento más bajo. El hiato indefinido representado por los Stone Roses y el callejón sin salida del movimiento *shoegazing* habían dejado un vacío que llenaron una variopinta mezcla de grupos carentes de ambición y olvidados hace ya mucho tiempo que vestían pantalones cortos y sonaban a estudiantes, un tropel de conjuntos tan respetables como espanto-

sos que se enorgullecían de sus sosas credenciales indies y de su ideario político de último año de secundaria. Sé que seguramente corro el riesgo de quedar como un tipo susceptible y antipático, y quizás que mis sentimientos al respecto sean un poco exagerados, pero suplantarlos era para nosotros una cuestión de honor, y también nos ofrecían una especie de modelo frente al que reaccionar. Cada nueva oleada de grupos denigra a la anterior y, en cierto sentido, tiene el deber un tanto edípico de acabar con ellos. Este «parricidio» es necesario para que puedan distanciarse y definirse a sí mismos en cuanto que microcosmos del conflicto generacional que en tiempos se le dio tan bien inculcar a la música pop: un continuo ininterrumpido de muerte y renacimiento. Queríamos ser todo lo que aquellos grupos no eran —vulnerables, cinéticos, ambiciosos y pícaros— y volcamos los principios de este manifiesto en aquellas tres canciones del EP *The Drowners*. Dado lo modesto del presupuesto con el que contábamos, las sesiones fueron bastante rudimentarias. Pese a nuestro idealismo, seguíamos siendo un grupo novato, y Ed sabía que tenía que captar algo de ese crudo palpitar, por lo que, si hacemos abstracción de un par de pistas de voces y de guitarras añadidas, un violoncelo y unos bongos, «The Drowners» no se alejó demasiado de su encarnación en directo. Creo, no obstante, que Ed calibró extremadamente bien esos toques, y que sacaron a relucir una cadencia y una frescura que hicieron del tema, en lo que a mí respecta, uno de los que mejor suenan de todos cuantos hemos grabado. «To the Birds» padeció un poco de la clásica ingenuidad del grupo que entra en el estudio por primera vez, pues fuimos incapaces de resistirnos a añadir una especie de bucle de guitarra secuenciado que hizo que

la nueva versión sonara menos primaria de lo debido. Si he de ser sincero, «My Insatiable One» fue un poco un aditamento. No fue hasta que lanzamos el disco y que el tema empezó a recabar atención en la prensa y que lo versionara Morrissey cuando nos dimos cuenta —con retraso— de hasta qué punto era una joya. Yo sabía que Morrissey había asistido a un par de nuestros primeros conciertos y alguien incluso había mascullado que creía haberlo visto tomando apuntes en un bloc de notas al fondo de Camden Palace durante nuestra actuación. Que estuviera aprendiéndose la letra o no es debatible, pero eso no hizo menos chocante que un día, cuando iba paseando por Portobello Market, uno de los puesteros que vendía cassetes piratas se me acercara discretamente y me incrustase en la sudorosa palma de la mano una grabación en cinta de un bolo suizo de Morrissey. Escuchar su versión del tema al regresar a casa fue una experiencia extraña. Creo recordar que había eliminado los tacos y que el grupo delataba una evidente confusión en lo tocante a cómo plasmar nuestra afinación drop en mi bemol, pero, por supuesto, qué duda cabe que me fascinó escuchar aquella voz que había formado parte del decorado mismo de mi juventud recitarme mi propia letra. Por encima de todo, creo que lo que sucedía era que yo percibía a mis primeros héroes musicales como mucho más que meros músicos. Era gente que me había ayudado a navegar por las procelosas aguas de la vida, que había influido en mis opiniones políticas, que me había sugerido cómo vestir e incluso me había dicho qué cosas no debía comer, y oír a uno de ellos validar de una manera tan inequívoca mi trabajo fue un momento maravilloso pero también un tanto desconcertante, como cuando el maestro se ve por fin superado por

el discípulo; recuerdo haber estado escuchando la canción una tarde lluviosa en Moorhouse Road, tirado sobre mi rancia colcha morada y abrumado por una extraña sensación entre triunfal y melancólica. Visto retrospectivamente, haber relegado «My Insatiable One» a la condición de cara B fue la primera de una larga serie de decisiones poco afortunadas que nos llevaron a exiliar temas clásicos al ostracismo de las caras B, restringiendo así su público y haciendo que los álbumes fuesen más flojos a raíz de su ausencia. No obstante, y al mismo tiempo, aquella prodigalidad fue consciente y deliberada, pues queríamos que todos los momentos de nuestra producción resultaran notables, incluidas, y en ciertos sentidos más todavía, las caras B. Supongo que, convenientemente, era algo que en no poca medida habíamos aprendido de los Smiths, que durante algún tiempo tuvieron unas caras B excepcionales. Aquello era lo que hacía que fuera tan emocionante ser fan de ellos; era como si el grupo estuviera honrando nuestra devoción con un regalo, y esa sensación de descubrimiento apasionante era la que queríamos prolongar en nuestra obra. No obstante, si «My Insatiable One», «To the Birds», «He's Dead» y «The Big Time» hubiesen figurado en el álbum de debut, ese disco habría sido sencillamente mejor.

Aquella fue una época maravillosa para Bernard y para mí como amigos: estábamos muy unidos y cada vez nos respetábamos más el uno al otro y a lo que por fin estábamos produciendo juntos. Los fríos y húmedos años del fracaso nos habían ido forjando hasta convertirnos en un equipo curtido, y por fin parecía que el mundo comenzaba a abrir los oídos a lo que estábamos haciendo. Nuestros primeros inviernos como conjunto novato fue-

ron acogidos con la habitual avalancha de encogimientos de hombros indiferentes con la que suele toparse la mayoría de grupos principiantes, pero a medida que íbamos avanzando sin cesar, la batalla contra la apatía pareció volverse más dura si cabe, mientras continuábamos dando conciertos nerviosos ante públicos indiferentes, sentados incómodamente en aquel ambiente de «cuelgue guay con la mente en blanco» que era de rigor para los grupos indies de comienzos de la década de 1990. A menudo había más gente sobre el escenario que entre el público asistente, y en determinado momento hasta llegamos a tocar un bolo profundamente humillante y completamente carente de sentido para una sola persona. Ahora bien, finalmente, pese a todo, gracias a una mezcla de obstinación, azar y evolución, habíamos encontrado nuestra voz y la gente por fin había empezado a hacernos caso. Bernard y yo compartíamos cigarrillos de clavo y viajábamos juntos en el metro, charlando emocionadamente, tramando, planeando y tomando prestadas mutuamente las frases del otro; al igual que los jóvenes son conscientes de que la muerte es algo inevitable pero remoto, nuestra propia y previsible desintegración, tal y como consta en los anales de la tradición rockera, parecía completamente irrelevante, y los esporádicos chispazos de discordia entre los dos apenas suscitaban el ocasional *carpe diem*: la calavera en el borde del lienzo. En el seno del grupo, la sensación general de confianza y camaradería también había ido intensificándose cada vez más, y el cambio de dinámica que se produjo tras la marcha de Justine había permitido a Simon emerger de los márgenes y mostrarse de manera más plena como el amigo amable, leal y a menudo desternillante que es, muchísimo más que

el educado tipo punkoide que habíamos conocido en un principio.

Empezamos a tocar en pequeños y emblemáticos locales londinenses, asegurándonos siempre de que las entradas disponibles se hubieran agotado peligrosamente, de que estuvieran abarrotados de cuerpos humantes y sudorosos y de que fuera casi imposible entrar. Esta histeria prefabricada parecía sintonizar con uno de los valores fundamentales del grupo: el deseo de trascender lo cotidiano, de tratar de acceder a un estado más elevado. Siempre me han encantado esos artistas que parecen inalcanzables y sobrenaturales. Hasta un grupo como los Sex Pistols, pese a sus harapos y sus cánticos propios de Highbury, parecía estar cortado por un patrón distinto al resto de los mortales: como de dibujos animados fosforitos y de algún modo extraterrestres. Sin ánimo de ser pomposo, a mí todas esas actitudes del tipo «somos iguales que nuestros fans» no hacen sino recordarme a esos padres que pretenden ser los «mejores amigos» de sus hijos: en definitiva, me resultan falsas, condescendientes y vacías. Con independencia de lo escasamente de moda que esté un punto de vista o no, siempre he tenido la impresión de que todo espectáculo es un acto fundamentalmente elitista, que el escenario está ahí por una razón muy clara —separar al grupo de su público y elevarlo por encima de él— y que la diferencia de poder que eso conlleva constituye un ingrediente esencial del drama. La primera de esas actuaciones estrepitosas y enervantes que precedieron al lanzamiento del single fue un bolo en The Africa Centre, en Covent Garden, y creo que fue entonces cuando empezamos a reconocer por primera vez que quizás la gente quisiera de verdad algo que nosotros teníamos. Recuerdo haberme quedado

absolutamente estupefacto ante el hecho de que cuatrocientas personas hubiesen pagado un dinero que les había costado ganar para vernos a nosotros. El bolo en sí, tal como yo lo recuerdo, resultó vagamente decepcionante, pues todavía no habíamos aprendido a canalizar nuestro nerviosismo de manera que contribuyera al espectáculo, lo que tuvo como consecuencia un concierto un tanto sobresaltado, carente de dominio y autoridad. A aquellas alturas, sin embargo, daba la impresión de que la metedura de pata ocasional realmente no tenía importancia y de que estábamos acumulando un caudal de buena voluntad que comenzaba a transportarnos cual torrente benévolo.